

A MODO DE PROEMIO

Una añeja canción de Lluís Llach decía:

*Companys, si coneixeu
el cant de la sirena,
allà enmig de la mar,
jo l'aniria a veure...*

El cantautor catalán expresaba así su deseo de intentar una visita a la misteriosa sirena, supuestamente lejana y marina: “Si conocéis, compañeros, el canto de la sirena” (y supone que sí) “en medio de la mar / quisiera yo ir a verla”.

Nuestro autor imaginaba una sirena única, esa que sus compañeros ya debían de conocer, y supone que estaba o acaso nadaba, lejos, en medio del mar.

¿Por qué quería visitarla? ¿Era, tal vez, solo para escuchar su voz y oírla cantar, o para algo más? ¿En qué residía el encanto fabuloso de esa sirena? Lástima que, por el momento, el cantor tuviera que renunciar o retrasar el tan deseado encuentro, porque sus obligaciones patrióticas, inmerso en su empeño tenaz de cantar contra la opresión franquista, le vetaban la excursión marinera. La sirena, evidentemente, era una invitación a la vacación de puro placer, pero el deber patriótico estaba antes que cualquier excursión hedonista y personal.

De todos modos esa sirena seductora no parecía ser, a fin de cuentas, una cantora peligrosa y voraz como aquellas que se encontraron con Ulises y Jasón. Más bien nos la imaginamos como la atractiva y bella y joven sirena que vemos pintada en la insignia de algunas tabernas griegas, sonriente y tumbada, como una maja semidesnuda, con grandes ojos oscuros, sinuosa y negra melena, con rotundos pechos y escamosa cola de pez, aguardando a un intrépido viajero. (A veces está pintada con una guitarra en las manos, y otras con un tridente de pescador, pero siempre en una pose tentadora de insinuante erotismo).

Invita la bella al pasajero a demorarse en sus dominios, a reposar entre sus blancos brazos, bajo encantos melódicos, y olvidar sus urgencias y destinos. “El canto de las sirenas” se ha convertido en expresión tópica, usada por muchos que ignoran la trayectoria, un tanto mítica y un mucho literaria, de las seductoras damas. De esa trayectoria del mito de las sirenas tratan las páginas siguientes, que rastrean sus metamorfosis y evocan sus prestigios y sus hechizos, desde sus orígenes en los más antiguos poemas griegos hasta los relatos fantásticos modernos y las estampas de resonancias románticas.

Comencemos anotando que en los textos antiguos las sirenas no están solas, sino en un grupo de dos o tres, y no en medio de la mar, sino aguardando el paso de las naves, apostadas en vela en alguna costa. En principio ningún héroe griego sentía ansia de verlas. Su atractivo iba unido al espanto. Su reclamo no radicaba en su belleza, sino en su misterioso canto. ¿Las divisó acaso Ulises? ¿Las vio, un tanto de lejos, Jasón?

Ciertamente, encontrarse con ellas no era nada deseable, y de no ser arrastrado por su hechizo ningún navegante antiguo ha-

bría querido hacer una visita a esas míticas damas; la mera posibilidad de un tal encuentro les producía un terror desmedido, pues se las suponía taimados monstruos cuya melodía placentera invitaba a una triste muerte.

Evidentemente sus imágenes fueron cambiando, a lo largo de una larga tradición poética y fabulosa. Y media una larga distancia entre esa sirena de la canción catalana y la que nos ofrecen las antiguas representaciones del arte y los textos de los griegos. De eso se tratará aquí. De los extraños y sugestivos disfraces de las figuras de las sirenas para intentar una explicación de su perdurable prestigio y sus seductoras metamorfosis. Intentemos una visita, ya que no a las sirenas, al menos a sus curiosas representaciones en el imaginario occidental, recogiendo y contrastando las noticias de varias épocas sobre las cantarinas y seductoras damas marinas.

No se trata de una aventura inédita. Ni mucho menos. Esas metamorfosis, en la literatura y la plástica, están bien atestiguadas y son muy conocidas. Bastará como rauda muestra citar unas líneas de una conocida nota de J. L. Borges, entresacada de su ensayo “El arte narrativo y la magia”, ahora inserto en su libro *Discusión*:

A lo largo del tiempo, las sirenas cambian de forma. Su primer historiador, el rapsoda del duodécimo libro de la *Odisea*, no nos dice cómo eran; para Ovidio, son pájaros de plumaje rojizo y cara de virgen; para Apolonio de Rodas, de medio cuerpo para arriba son mujeres, y en lo restante, pájaros; para el maestro Tirso de Molina (y para la heráldica), ‘la mitad mujeres, peces la mitad’. No menos discutible es su índole; ninfas las llama; el diccionario clá-

sico de Lamprière entiende que son ninfas, el de Quicherat que son monstruos y el de Grimal que son demonios. Moran en una isla del poniente, cerca de la isla de Circe, pero el cadáver de una de ellas, Parténope, fue encontrado en Campania, y dio su nombre a la famosa ciudad que ahora lleva el de Nápoles, y el geógrafo Estrabón vio su tumba y presenció los juegos gimnásticos y la carrera con antorchas que periódicamente se celebraban para honrar su memoria.

El idioma inglés –sigue anotando Borges– distingue la sirena clásica (*siren*) de las que tienen cola de pez (*mermaids*). En la formación de estas últimas habían influido por analogía los tritones, divinidades del cortejo de Poseidón.

Lo que define la imagen de la sirena es su figura híbrida (mitad mujer, mitad pájaro alado o semipez de plateada cola) y su poder de atracción o seducción, generalmente unido a su feminidad y en principio a su canto melodioso. Es un ser entre dos mundos –la tierra y el mar, la vida y la muerte, este mundo y el otro, el mundo celeste y el submarino. Emblema fúnebre, se yergue, a modo de esfinge silenciosa, sobre tumbas y se dibuja en las estelas, guardiana enigmática en el umbral del viaje al otro mundo.

Las sirenas atrapan y arrastran, no con garras (como sus horribles primas, las arpías), sino con su canto meloso, sugestivo. Ejercen una irresistible fascinación a través de sus melodías y promesas. Sus voces trenzan un lazo seductor, canto y encanto que se despliega en el aire quieto hasta el navío que se les aproxima con su robusta tropa de esforzados e ingenuos marineros. La seducción de las sirenas estriba en su promesa de gozar a su vera de exquisitos placeres, oyendo sus cantos y saboreando los idílicos encantos que dispensan, olvidando en sus arrullos el

penoso navegar. El riesgo es que ese descanso, distracción y desvío sin fin del destino de los viandantes, suponga un quebranto de la ardua travesía, pérdida del regreso al hogar, trampa letal, mortífera. El hechizo del placer lleva a una amnesia tan densa como la causada por la droga floral de los lotófagos. Quien arribaba a la isla de las sirenas se queda allí, olvida para siempre el viaje, como atestiguan los huesos y pieles que se pudren entre las flores de la isla.

De esa llamada de placer se hace más tarde una interpretación erótica y sexual. Como veremos, los intérpretes cristianos denuncian en ella una incitación a la lujuria pecaminosa. Sin duda porque veían en ese reclamo de placeres femeninos una seducción más efectiva que la propuesta de saber con que quisieron seducir al inquieto Ulises, que solo se salvó gracias a que pasaba bien amarrado al pie del mástil. Más tarde la seducción sirénica dejó de ser auditiva, para hacerse ante todo imagen visual. Era el aspecto de las bellísimas y desnudas damas de las aguas y sus gestos provocativos lo que tentaba a quienes las divisaban. Mucho más que su voz y su mensaje musical, aunque siguieran cantando. De ahí la progresiva sexualización de los encantos de las hermosísimas damas acuáticas. El bello rostro de las sirenas que emergían de las aguas azules, enmarcado por largas cabelleras sinuosas y pechos tersos y rotundos, parecía una alegre promesa de furtivos deleites amorosos. Mórvidas y lúbricas delicias prometían las damas de las aguas, con sus propuestas de comercio erótico ocasional y acaso un exótico viaje submarino. Para los clérigos y moralistas las sirenas eran señuelo del placer sensual y sexual, imagen alegórica de alegres cortesanas y prostitutas que amenazaban la bolsa y la vida de los jóvenes de buena familia. (Contra tales tentaciones ensalzaron como modelo de virtud la artimaña de Ulises, el héroe atado al mástil de su nave).

Luego unos poetas románticos alemanes, aficionados a monstruos y maravillas, advirtieron un nuevo motivo en los ambiguos encantos de las sirenas: la seducción de un amor imposible. Descubrieron sirenas solitarias en los ríos germánicos. Por entonces estas ya se habían confundido con las náyades y con las ondinas, a veces seguían siendo formidables cantoras, pero otras era solo su seductora y misteriosa belleza, tal vez en rocosos recodos del río, o en lagos escondidos, silenciosas y mirándose en sus espejos y peinando sus largos cabellos rubios. Fascinaban a los navegantes que, atraídos por su hechizo, perdían rumbo y estrellaban su barco en las rocas.

Más tarde algunos pintores postrománticos imaginaron sirenas más agresivas que surgían del mar embravecido para asaltar los barcos y arrojarse sobre los marineros con tremendo furor erótico, fantasmas impúdicos de la típica *femme fatale* de moda en el siglo XIX. El romanticismo creó, también, en contraste con una y otra imagen mítica el personaje femenino de la sirena enamorada, ansiosa de cambiar de estatus y hacerse mujer, cambiando su cola por dos esbeltas piernas, para casarse con su amado, abandonando su nativo palacio submarino. Por la misma época surgió, de modo paralelo, el cuento del pescador enamorado de la sirenita, que desea irse a vivir con su amada en el fondo del mar, en matrimonio húmedo y feliz, pero de dudoso final feliz. Relatos de amores imposibles con un nuevo trasfondo sentimental.

Queda como elemento básico del mito antiguo su cebo placentero: la sirena simboliza la invitación al placer. “Un canto de sirena” es sinónimo de una tentación hedonista. La voz de las sirenas, acaso una melodía, o acaso la imagen de una sirena de húmedos y largos cabellos y hermosos pechos desnudos, que en

medio del camino intenta detener al viajero con sus promesas seductoras. Le dice: “¡Detente y ven aquí, a nuestro lado, esforzado peregrino!”, “¡Olvida tu destino y tu prisa, oh querido desconocido, y acude ya a mis cariñosos brazos!”, “¡Haz un alto en tu rauda ruta y descansa para gozar un rato, y volverás luego a casa más sabio y alegre!”. No parece fácil escapar al canto de las sirenas, canto que Homero calificaba de “meloso”, cuando el viajero no tiene, como tuvo Ulises, ni remeros ni mástil para eludir sus lazos con ataduras más fuertes.

Las sirenas pisciformes no necesitan cantar ni tocar instrumentos musicales para mostrarse atractivas. (Aunque la música y la canción pueden acompañarlas siempre). Les basta, ciertamente, con su pícara belleza y el hechizo de sus lúbricas sugerencias para atraerse a marineros, y no solo a marineros, sino a cualquier paseante hastiado de su rutina diaria y su deber cansino. No habitan ya en islas floridas, sino en el amplio mar. Al modernizarse, no seducen con sus promesas de saber del más allá; sin canto mágico despliegan sus encantos eróticos ofreciendo placer a cierto precio, venales y banales.

Abundan las imágenes de fingidas sirenas, imitadoras y réplicas baratas de las bellas damas submarinas. Pueden salirnos al paso insinuantes y atractivas en locales festivos muy varios, y en antros nocturnos como cabareteras de rojos labios y ojos oscuros. E incluso, en su versión más superficial y burguesa, campean en el emblema de una taberna o el nombre de una cafetería. Pero ahí son ya solo pintadas sombras de lo que fueron. Si aún invitan al viandante a detenerse y olvidar la rutina y la prisa con un breve narcótico son solo versiones baratas de las antiguas hechiceras. Insinúan una chispa de placer e invitan a una parada amable y sin riesgos (aunque nunca se sabe).